

Investigar en la Precariedad

Del Guión Metodológico a la Experimentación en Situación.

Por Juan Pablo Hudson

Candidato a Doctorando en Cs. Sociales - UBA, Becario CONICET

SUMARIO:

Estas notas dan cuenta del recorrido investigativo desarrollado durante casi tres años en una empresa recuperada de Rosario. El artículo se estructura a partir de siete problemas metodológicos surgidos durante la investigación. El punto de partida es la inserción misma en la fábrica y los malestares surgidos ante la sensación de sentirse un agente externo a pesar de la reiteración de las visitas y la acumulación de entrevistas. Esa primera etapa del trabajo de campo se caracteriza por un despliegue de técnicas metodológicas a la manera de un guión previo al arribo a esa experiencia. Un cambio de rumbo surgió a partir del análisis de las primeras entrevistas desgrabadas. Esos testimonios pusieron en evidencia una notable homogeneidad a la hora de relatar los pormenores de la lucha por la recuperación y también sobre el presente de la cooperativa. Este análisis discursivo permitió la construcción de un concepto fundamental: la novela institucional; y el comienzo de una nueva etapa caracterizada por la experimentación en situación a fin de construir una trama con los trabajadores que permitiera conocer las singularidades propias de dicha experiencia. Una pregunta atraviesa el artículo: ¿Qué implica investigar en medio de la precariedad y los cambios permanentes?

DESCRIPTORES:

Investigación, Novela, Experimentación, Trama, Precariedad

SUMMARY:

This paper shows the research done throughout 3 years in a company which was taken over by its own employees in Rosario. The article outlines seven methodological problems which appeared during this research. First, this paper talks about the feeling gotten once in the company itself. Particularly, the uneasiness experienced like an external agent in the company and not part of its workforce. In spite of the endless visits paid to the company and the interviews carried out, the feeling persisted. That first stage in the fieldwork is depicted by a range of methodological techniques which look like a script prior to the experience. However, a change took place when the recorded interviews were analyzed. The testimonies give proof of a noticeable homogeneity in the way employees talked about the difficulties encountered both in their everyday effort to recover the company and its corporate present. Discourse analysis led to a fundamental new concept: the institutional novel and the beginning of new stage based on experimentation in situ. The latter was meant to build a pattern with the employees that would portray the differences in their experience. In conclusion, there is a question that pervades the article: What does research mean in the midst of precariousness and recurrent changes?

DESCRIBERS:

Research, Novel, Experimentation, Pattern, Precariousness

INTRODUCCIÓN

La verdad depende de un encuentro con algo que nos obliga a pensar y a buscar lo verdadero.

Gilles Deleuze

En el año 2004 comencé mi beca de investigación en el CONICET. El concurso para obtenerla había sido en mayo del 2003 y fue recién en el mes de diciembre de ese mismo año que me comunicaron de la adjudicación. Un año después de presentar el proyecto de investigación, cuyo objetivo era estudiar procesos de recuperaciones de empresas a manos de los trabajadores en el Gran Rosario, comencé con el trabajo de campo.

La primera empresa que decidí visitar fue Mil Hojas. Se trata de una cooperativa de pastas frescas ubicada a unas pocas cuadras de la Terminal de Ómnibus, en el macrocentro de la ciudad de Rosario. Elegí esa empresa porque fue una de las primeras experiencias de recuperación que se produjo en la zona y también por el nivel de desarrollo que había alcanzado desde el inicio del proceso autogestionario en el año 2001. Vale destacar que Mil Hojas es una marca histórica de pastas y tapas de empanadas y tartas en la región.

La semana que decidí visitarla por primera vez era una semana lluviosa, húmeda, calurosa. Tomé el colectivo y me bajé a unas cinco cuadras de la fábrica. Recuerdo perfectamente la fecha, dada la referencia histórica inevitable: el 2 de abril se conmemora el desembarco de las fuerzas armadas en las Islas Malvinas. Aquella primera vez, mientras caminaba esa poca cantidad de cuadras que me separaban de Mil Hojas, aún no tenía la más remota idea de que volvería a realizar ese mismo recorrido, una y otra vez cada semana, durante prácticamente tres años a partir de esa fecha.

Cuando llegué a la puerta y miré el cartel de entrada, no sé por qué razón, pero me decepcionó el tamaño

de la fachada. Supongo que tenía expectativas de que fuera más grande. Cuando finalmente toqué el timbre, me atendió uno de los trabajadores encargados de los repartos de mercaderías. Me presenté como un becario del CONICET que estaba investigando procesos de recuperaciones de empresas en Rosario. Este trabajador me miró con indiferencia y me hizo pasar. Luego abrió una puerta interna y gritó un nombre: Jorge. Permanecí de pie junto a bolsas de harina y canastos cubiertos con tapas para empanadas, discos y pastas frescas. Minutos más tarde, apareció un hombre alto, de barba espesa y canosa. Jorge era, en ese momento, el tesorero de la cooperativa. Empezamos a conversar en medio de un pasillo por donde estaban circulando trabajadores con carretillas, proveedores con talonarios de facturas, empleadas del local de venta al público que funciona en la empresa detallando en voz alta los pedidos. La situación era caótica. Jorge me preguntó qué necesitaba porque estaban muy ocupados. Le dije lo mismo que le había dicho a aquel trabajador que me había recibido: "Yo tengo una beca de investigación en el CONICET (una comisión del Estado que financia procesos de formación e investigación de graduados universitarios) y estoy comenzando una investigación sobre recuperaciones de empresas en Rosario. Mi intención es poder conocer la experiencia de Mil Hojas". Jorge firmó una planilla que le pasaron y me respondió de modo contundente: "Te vamos a ayudar en lo que sea necesario, acá vienen muchos pibes de la facultad, vienen de todas partes del mundo, pero venite dentro de tres semanas porque ahora estamos con muchas cosas, vienen los días de mayor venta. Mejor llámame en un mes". Cuando escuché la respuesta, sentí una profunda desilusión. Me apuré en contestarle que no iba a requerir de mucho tiempo cada encuentro, pero Jorge insistió en que lo llamara al menos tres semanas más tarde.

Caminé de vuelta hacia la parada de colectivos envuelto en un desánimo profundo. Había transcurrido

un año desde la presentación del proyecto en CONICET y cuando finalmente se estaba empezando el trabajo de campo, los tiempos se alargaban más de la cuenta. Durante las semanas de espera para volver a comunicarme con el tesorero de Mil Hojas, aproveché para leer artículos periodísticos sobre esta cooperativa. Una semana antes de lo previsto, llamé a la cooperativa y pedí hablar con Jorge. Cuando me atendió no recordaba en absoluto nuestra charla ni mucho menos quién era yo. Volví a explicarle de nuevo mi procedencia institucional y los objetivos de la visita. Su respuesta fue escueta: "Sí, sí, te vamos a ayudar, llamame la semana que viene y vemos". Lo llamé a la semana siguiente y acordamos un encuentro para el día jueves a las 16. Me alivió la concreción de esa primera reunión. El jueves llegué muy puntual a la cooperativa. No me recibió Jorge.¹ Me hizo pasar una trabajadora vestida con una remera roja que llevaba las inscripciones de la cooperativa. En una oficina me esperaba Jorge y dos trabajadores más. Antes de empezar a conversar, preso de la ansiedad, todavía sin tener en claro que la beca de investigación tenía un plazo de cinco años, pedí permiso para utilizar el grabador. Los trabajadores no se inmutaron. Por el contrario, me autorizaron de inmediato y se rieron. Empezamos la entrevista. Solamente se quedaron en la oficina Jorge y Fabián, el síndico. Durante esa entrevista realicé preguntas muy generales sobre el proceso de recuperación. A medida que escuchaba las respuestas, me preguntaba cuántas veces debían haber respondido estas mismas preguntas sobre el proceso de ocupación de la planta. La entrevista se extendió por más de una hora. Los trabajadores se mostraron sumamente abiertos y dispuestos a responder mis inquietudes. Mayoritariamente las respuestas las daba Jorge.

Cuando apagué el grabador, Jorge me propuso que, en un próximo encuentro, conociera la línea de producción (la cuadra, según la llaman), así podía empezar a interrelacionarme con el resto de los trabajado-

res. Le respondí que estaba de acuerdo, pero también le pedí si podíamos acordar un esquema de visitas semanales. "¿Todas las semanas vas a venir?", me preguntó mientras se reía con el síndico. En principio, acordamos en que podía visitar la fábrica dos o tres veces por semana, con la excepción de aquellos días en que estuvieran con problemas en la producción. Le pregunté si tenía que llamar antes para chequearlo. Me respondió que no. "Vos vení que si hay problemas, nosotros te lo vamos a decir, pero está todo bien, a nosotros nos gusta mostrar la fábrica", me respondió. El acuerdo incluía también la posibilidad de transitar la cuadra de producción para conversar con todo el colectivo de trabajadores.

PROBLEMA 1: LA INTRASCENDENCIA DEL AGENTE EXTERNO.

Los últimos días de abril volví a visitar Mil Hojas. Esta vez me recibió Jorge. Estaba más afable que en los encuentros anteriores. De todas maneras me aclaró que no recordaba de ese encuentro. También me volvió a preguntar el nombre. Se lo dije y le aclaré que ese día y esa hora la habíamos determinado en la reunión pasada. "Ah, sí, puede ser", me respondió. Luego me llevó a conocer la línea de producción (desde ahora *la cuadra*).

La cuadra es un espacio de dimensiones medias. La producción de discos y tapas es la que ocupa prácticamente el total del espacio. La sección de pastas está emplazada en una sala diminuta ubicada en un vértice del sector. La cuadra presenta una forma cuadrangular y se encuentra en un sector intermedio entre el frente de la fábrica (local de venta al público y oficinas administrativas) y la cocina, ubicada en un segundo piso del galpón. La cuadra se destaca por la altura de sus techos, a diferencia del resto de las secciones que presentan dos plantas diferenciadas. Las máquinas están dispuestas de manera secuencial de acuerdo a las diferentes fases de la cadena productiva. Una escalera conduce a la cocina. Ésta se

divide en dos partes: una destinada para el almuerzo y el desayuno de los trabajadores y la otra para la producción de los ingredientes de las pastas.

Apenas entramos en la cuadra, Jorge comenzó a llamar a determinados trabajadores. A todos les repetía lo mismo: "Es un chico de la facultad, viene por todo el tema de las preguntas". Me sentía sumamente incómodo en el lugar. El ruido de las máquinas, los trabajadores cumpliendo sus tareas, y yo recorriendo los diferentes sectores. La primera persona con la que comencé a conversar es uno de los dos encargados de la producción. La charla se interrumpía constantemente ante las indicaciones que debía impartir al resto. Hugo me llevó a recorrer el lugar. Algunos trabajadores me miraban y sonreían, otros, la mayoría, parecían indiferentes. "Acá viene muchos pibes de la facultad. A nosotros nos gusta mostrar lo que hicimos", me dijo mientras me presentaba a otros trabajadores. Hablé también con Marianela, la única mujer que cumple funciones en la cuadra de producción. En ese momento tomé una decisión equivocada: le pregunté si podía usar el grabador. Marianela me dijo con total tranquilidad que sí podía porque ella ya estaba acostumbrada. Ese día utilicé el grabador con cada uno de los trabajadores con los que hablé.

Cuando hago referencia a una decisión equivocada, me refiero a que, más allá de mi pedido y el acuerdo y la buena predisposición de los propios trabajadores, la utilización del grabador automáticamente rompía, por lo menos durante los primeros encuentros, con cualquier posibilidad de empezar a tramar una relación de confianza con los integrantes del colectivo. Después de tres años de trabajo en la cooperativa Mil Hojas estoy en condiciones de afirmar que sin una profunda trama de confianza y afecto construida a partir de un vínculo estrecho con los obreros, no hubiera sido posible sostener los encuentros ni mucho menos conocer en detalle, como conocí, los pormenores de la experiencia. La utilización del grabador inevitable-

mente me incluía dentro de una serie conformada por una gama heterogénea, abstracta, de agentes externos-periodistas, universitarios, investigadores- que la mayor de las veces sólo se incluyen en las empresas con fines meramente extractivos y de corto plazo. Al mismo tiempo, el problema de quedar incluido dentro de esa serie -lo supe tiempo después- era que las respuestas fueran siempre aquellas mismas que ya habían dado a dichos actores. Es decir: que respondieran desde lo que voy a denominar en un próximo apartado como su *novela institucional*. No por nada la tranquilidad y la absoluta prescindencia que tenían respecto a su uso.

Así fue como inicié la investigación en la cooperativa Mil Hojas en abril de 2004. Más allá del acuerdo explícito con un miembro del consejo de la administración, cada vez que volvía a visitar la cooperativa sentía una inevitable sensación de incomodidad y angustia. Recuerdo que solía bajarme varias cuadras después de la parada de colectivos más cercana a la fábrica, a fin de retrasar el momento de ingreso.

Cuando llegaba a la cooperativa, la mayor de las veces no recordaban mi nombre ni mi procedencia. Algunos pensaban que era estudiante universitario, otros creían que era periodista de algún medio local. Solía esperar largos ratos en la puerta de ingreso hasta que autorizaban mi entrada en la cuadra de producción. Aclaro que esa espera no respondía a una mala predisposición de los trabajadores. Por el contrario. Los miembros de la cooperativa fueron siempre sumamente cordiales y abiertos durante mis visitas. Se trataba de los tiempos propios en el marco de una fábrica en plena producción y comercialización.

Durante cada jornada permanecía tres, cuatro y hasta cinco horas en la cuadra de producción. Caminaba entre las máquinas, observaba, y me acercaba a los trabajadores para preguntar sobre el proceso general de la producción de tapas de empanadas y tartas, lo mismo que el ciclo de la producción de pastas frescas.

Cuando los trabajadores mostraban mayores niveles de apertura, sumaba preguntas sobre las características de la fábrica en tiempos de la SRL y también sobre el período de crisis que llevó a la quiebra. Esa rutina cumplía en cada visita. Realmente me resultaba sumamente complejo sostener mi presencia en la cuadra de producción. Ante la incomodidad que me ocasionaban las miradas, o la indiferencia que sentía de parte de los trabajadores, solía sentarme en el primer escalón de la escalera que conduce al vestuario, a fin de evitar la exposición.

Luego de varios meses de visitas, una mañana temprano, uno de los encargados de la producción me llamó aparte y me comunicó que desde ese día debía utilizar, por razones de seguridad e higiene, un saco blanco y una cofia. La situación me pareció razonable, pero agudizó aún más la sensación de incomodidad cada vez que ingresaba a la cuadra y me encontraba con los trabajadores cumpliendo labores en sus máquinas. Recuerdo la primera vez que entré con el saco y la cofia puesta. La mayoría se reía y hacía comentarios entre sí.

Los primeros meses entraba con el grabador en la mano y un cuaderno para las anotaciones. Si bien, luego de insistencias, lograba comunicarme con los trabajadores, incluso en charlas que duraban un tiempo considerable, no lograba sacarme de encima ese profundo malestar que produce el hecho de sentirse un agente externo en un espacio que, paradójicamente, se visita en forma asidua. Las visitas recurrentes más que acotar las distancias, parecía recrudescerlas. Las miradas indiferentes que recibía de parte de los trabajadores durante mis estadías en la cuadra, no hacía más que devolverme –así lo percibía con mucho padecimiento- la intrascendencia de mi figura como investigador académico en ese espacio.

Durante esos meses iniciales grabé la mayor parte de las entrevistas realizadas. Las primeras semanas de investigación, como decía, mi presencia no levanta-

ba el interés de los trabajadores –aclaremos que éstos se encuentran habituados a recibir a investigadores y periodistas. Sin embargo, a medida que las visitas empezaron a reiterarse con el correr de los meses, ya mi presencia comenzó a provocar ciertas inquietudes.

PROBLEMA 2: LA NOVELA INSTITUCIONAL COMO LÍMITE

Luego de tres meses de visitas, ya tenía una buena cantidad de entrevistas grabadas; de modo que me pareció oportuno comenzar a desgrabarlas a fin de continuar con la investigación de acuerdo a esos testimonios y observaciones registradas.

Recordemos que los primeros tiempos del trabajo de campo se desarrollaron en medio de persistentes cuestionamientos y dificultades personales. Había una distancia que parecía imposible de flanquear entre los trabajadores y mis intentos por conocer las singularidades de la cooperativa. Situación que se generaba a pesar, incluso, de visitarlos asiduamente y permanecer en la fábrica durante largas jornadas. A medida que las visitas se fueron extendiendo, y pude analizar los primeros materiales surgidos de las entrevistas, surgió una primera caracterización discursiva: la existencia de relatos sumamente unificados y homogéneos entre los trabajadores al momento de poner en discurso sus experiencias. Si bien las entrevistas se habían realizado en forma individual, una vez que me dispuse a analizar los testimonios, me encontré con una extremada coherencia –y coincidencia- en la descripción de los principales episodios que caracterizaron el período de lucha por la ocupación. Esta misma homogeneidad también se extendía en los relatos sobre las características actuales de la fábrica. En la mayoría de los entrevistados, aparecía incluso, en forma extendida, la utilización de una misma jerga.

¿Qué implicancias tenía para mi investigación esta homogeneidad en los discursos de los diferentes trabajadores? ¿De qué manera operaba esta unificación discursiva?

A este discurso, en principio, decidí nominarlo como novela institucional. La novela institucional remite a un relato colectivo novelado compuesto por una heterogeneidad de elementos que comparten los miembros de una institución. Se trata de un texto –mayoritariamente no escrito- conformado a partir de elementos del orden de lo real, aunque también míticos e imaginarios que darían cuenta de su historia. La novela institucional se aparta de la noción de historia objetiva, en tanto se inscribe como una construcción en donde la dimensión imaginaria tiene un peso fundamental. Tampoco se trata, vale aclararlo, de una pura ficción, sino de una composición compleja conformada por diferentes dimensiones heterogéneas, entre las que surgen elementos históricos reales y también míticos. René Lourau analiza que “la novela no se inscribe como una supra-estructura, pues tiene efectos en la organización témporo-espacial, en las relaciones de poder, en la circulación de información, etc., dentro de una institución. Toda novela institucional tiene la función de legitimar al grupo, de instituirle su distinción y de constituirle sus fronteras respecto a un exterior”.²

A modo de hipótesis inicial, determiné dos planos en los que operaba la novela institucional en el caso de Mil Hojas: por un lado, como instancia de presentación frente a la heterogeneidad de actores que visitaban asiduamente a la cooperativa. Se trataba de un discurso unificado, homogéneo, a fin de resguardar las singularidades de la fábrica frente a estos agentes externos. No es un dato menor que, al momento de iniciar la investigación, la cooperativa experimentaba un proceso complejo de cambios en la organización interna. La novela se inscribía entonces como un recurso para resguardar conflictos, crisis, decisiones reservadas, proyectos, contradicciones. De igual modo, tampoco decimos que se trata de un relato falso frente a una verdad que los trabajadores deciden ocultar, de manera sistemática y deliberada, a los agentes externos. O por lo menos no necesariamente. Se trata de un

discurso que sólo daría cuenta de determinados episodios generales –estereotipados, consensuados en forma tácita entre el colectivo- pertenecientes a la historia y al presente de la fábrica.

Asimismo, este discurso novelado normalmente coincide con aquello que el agente externo espera escuchar de los trabajadores incluso con antelación a su arribo a la situación. Es decir: coincide con todos los presupuestos que un investigador o periodista construye previamente a su “inclusión” en la empresa recuperada.

Se podría decir, incluso, que esa novela institucional también se conforma a partir del intercambio con los agentes externos. Si en la mayoría de los casos se pregunta por la horizontalidad en la toma de decisiones, por la igualdad en la distribución de las ganancias, por el sufrimiento en el período de crisis, resulta lógico que esa novela se vaya construyendo, por lo menos en parte, a partir de las respuestas que se van dando a esas inquietudes de los investigadores.

En este sentido, la novela tendría dos funciones mutuamente determinadas: se inscribiría como un discurso homogéneo que unifica al colectivo, aunque permitiendo, a su vez, el resguardo de las singularidades de la experiencia. Los trabajadores –eso comprobé con los primeros registros analizados- muchas veces suelen responder desde lo que se espera de ellos y no desde lo que realmente les está ocurriendo en ese momento.

El segundo modo de funcionamiento de la novela es como fundamento simbólico para la constitución de una trama colectiva. En esta segunda dimensión, la novela se inscribe como un elemento que cohesiona a los trabajadores y les otorga ese marco simbólico indispensable para constituirse como colectivo. Así como los trabajadores convivieron con una historia de la fábrica en tiempos privados –con los mitos sobre su fundación y los fundadores, etcétera-, en este caso éstos construyen su propia historia sobre el período

de crisis y la ocupación. Habría un mito fundante del colectivo: el proceso de lucha para la recuperación y la ocupación misma de la fábrica. La novela es entonces ese discurso que cohesiona –produce– y otorga un marco de sentido que permite construir una interioridad; y como consecuencia inmediata: una membrana que delimita y construye una exterioridad. De ahí su enorme importancia en la constitución colectiva.

Para esta segunda dimensión de la novela institucional, vamos a introducir la noción de *mitopoiesis*. Amador Fernández-Zavater define el arte de la mitopoiesis como la capacidad de creación de “una narración de sentido compartida que daba voz a la comunidad, proporcionaba herramientas para luchar contra la desposesión y eliminaba las fronteras entre imaginario colectivo e individual”.³ Lo importante, en el caso de una experiencia como una empresa recuperada, amenazada por las salidas de carácter individual y la dispersión de los trabajadores como consecuencia de la crisis, es que la construcción de ese relato con un alto componente mítico permite comenzar a conformar una historia colectiva capaz de albergar a sus protagonistas. La mitopoiesis, en ese punto, promueve la politización de los implicados en la experiencia autogestionaria. Dice Fernández-Zavater: “Los mitos han sido (y siguen siendo) los principales vehículos para la producción de sentidos sociales, nos permiten reinterpretar el pasado y encontrar fórmulas lógicas para abordar el presente, nos proporcionan referencias en las que fijarnos. Son como la argamasa que mantiene unida a la sociedad”.⁴ De ahí el carácter estratégico, político, de esa construcción discursiva en tanto ésta construye un imaginario común.

Esta hipótesis sobre la novela institucional implicó inevitablemente un ajuste respecto al modo de acercamiento a los trabajadores. Una preguntaba devino hegemónica: ¿Cómo podía incluirme en la fábrica de tal modo que me permitiera ir hacia un más allá de ese discurso novelado?

PROBLEMA 3: IR MÁS ALLÁ DE LA NOVELA INSTITUCIONAL

Respecto al material que iba acumulando en los cassetes y en el cuaderno de notas, habría que remarcar un aspecto fundamental: a pesar de llenar cada vez más cantidad de hojas y de grabar cada vez más cantidad de cassetes, lo que sentía era que no estaba pudiendo reconocer las singularidades propias, inmanentes, de la cooperativa. Esta situación muestra que se puede visitar todos los días de la semana una empresa recuperada, pero que eso no abre, por sí solo, ninguna posibilidad de entablar vínculos diferentes con los trabajadores, ni mucho menos conocer las singularidades de esa experiencia. No se trata entonces de una cuestión meramente cuantitativa (aunque sostener la presencia en la cooperativa sea determinante) sino eminentemente cualitativa –subjetiva– en la construcción de una trama con los trabajadores.

La novela institucional, a esa altura, ya operaba como un límite importante. De todos modos, transcurrida esta larga experiencia de investigación, podría decir que todo ese material acumulado en cassetes y en el cuaderno de notas, fue una de las condiciones necesarias para ir más allá de la novela institucional. En los casos posteriores en donde hice nuevos trabajos de campo en otras cooperativas, a las primeras entrevistas la destiné únicamente para realizar las preguntas más generales y, si se quiere, estereotipadas sobre la recuperación y autogestión de la empresa. No tiene sentido, en una primera instancia, tratar de indagar más allá de la novela institucional. Al contrario. Lo importante es que ésta pueda salir a la luz. En principio, porque detectar la existencia –o no– de la novela va a transformarse en un *analizador* de la composición colectiva; y en segunda instancia, porque sólo cuando se pone en discurso la novela institucional, se abren posibilidades de trascenderla.

PROBLEMA 4: LA CONSTRUCCIÓN DE UNA TRAMA

Los meses fueron transcurriendo y yo reiteraba las

visitas. Había tomado una decisión metodológica: ese año realizaría únicamente el trabajo de campo en la cooperativa Mil Hojas. El fundamento de dicha decisión fue el siguiente: mi objetivo era poder llevar adelante el trabajo de campo en una misma cooperativa durante un período de tiempo lo suficientemente extenso como para poder acompañar sus procesos internos y no quedar inmerso en determinadas imágenes ya existentes sobre las empresas recuperadas. Si lo que quería era conocer los devenires internos de una experiencia en permanente cambio, tal como lo era Mil Hojas, debía, entonces, sostener el trabajo de campo durante una secuencial temporal extensa.

Los trabajadores, superados los primeros meses, fueron mostrando una mayor apertura y una mayor naturalización de mi presencia en la cuadra de producción. Los diálogos con Omar, presidente de la cooperativa, fueron determinantes. Sus testimonios, evidentemente provenientes de una figura fundamental al interior de la trama colectiva, eran ambivalentes: si bien podía detectar el peso determinante que tenía su discurso sobre la historia de la recuperación y el inicio del proceso autogestionario en la construcción de una novela institucional reproducida –y también construida– por el resto de sus compañeros, también era quien planteaba problemáticas internas complejas que los otros trabajadores no compartían conmigo.

En ese sentido, a principio de octubre de ese año 2004, conocí a quien se transformaría en uno de los principales interlocutores y quien me brindaría los primeros testimonios que rompieron con los límites que demarcaba la novela institucional. Transcribo un extracto del cuaderno en donde relato esa primera experiencia junto a Sergio. Se trata de un discurso relevante para pensar los devenires propios de la investigación:

“Estuve en la cocina charlando con un trabajador. Una persona muy cordial, un poco retraída, que hace

casi veinte años que trabaja en Mil Hojas. Después llegó otro trabajador, una persona, por el contrario, muy jovial, verborágica. Se movía por todos lados, se reía. Fue interesante porque me empezó a preguntar sobre mi trabajo. Eso me permitió contarles a los dos sobre mis objetivos. El tipo estaba muy interesado en mi formación académica. Me preguntó por mis visiones sobre la sociedad, el capitalismo. Después me habló del mercado, de lo difícil que era poder competir con las empresas; que el Estado no los apoyaba y los dejaba librados a la suerte del mercado; que para él estas experiencias en realidad eran menores, que el cambio tenía que venir por otro lado (...) Todo el tiempo me preguntaba cosas: si yo creía que finalmente estas experiencias de recuperación no iban a fracasar por la falta de apoyo, y por las características propias de la sociedad, que es tan individualista, competitiva, por qué había estudiado comunicación social, por qué estudiaba recuperaciones de empresas, si conocía otras empresas, etc.”

(Cuaderno de notas – 2004)

Esa primera conversación con Sergio marcaba un cambio cualitativo respecto a tantas otras que había tenido: era una de las pocas ocasiones en donde un trabajador se interesaba por la investigación y por mis pareceres respecto a las empresas recuperadas. El sólo hecho de que me hiciera preguntas estaba marcando un cambio de posición. Me alivió, en ese sentido, poder entrar en diálogo. Es decir: ir más allá del dispositivo entrevista. Por supuesto, no se me ocurrió utilizar el grabador ni tampoco tomar apuntes.

De todas maneras, si bien me sentí aliviado por el tipo de vínculo que se tramó durante esa primera charla, al mismo tiempo, me resultó costoso responder a sus preguntas. Me preguntaba en aquel momento:

¿Desde qué posición debía responderle? ¿Qué debía –y no– contar sobre la investigación? ¿Era pertinente dar cuenta sobre mis pareceres acerca de las

empresas recuperadas a un trabajador de una empresa recuperada?

Tiempo después, cuando los diálogos con Sergio se repetían en cada jornada, leí, en un libro escrito por Cristina Corea y Silvia Dustchazky, una esclarecedora diferenciación entre la entrevista y el diálogo: "La entrevista seguía el modelo objetivo del periodismo o de la investigación tradicional, según el cual un individuo ubicado en una posición externa a la del entrevistado observa, interroga, induce, evalúa, supone, e incluso habla en representación del otro. Las situaciones que designamos como diálogo se armaban de muy otro modo. En ella el entrevistador no preguntaba, sino que se entregaba a una conversación sin plan estructurado de antemano (aunque sí como esquema orientador) y en la cual los interlocutores se entregaban al devenir del diálogo".⁵ Otro aspecto importante al que hacen referencia las autoras del libro es que el diálogo no se arma con el propósito externo de saber algo del otro sino que surge como parte de una experiencia compartida.⁶

En el caso de mi investigación, aún sin saberlo con claridad, esos encuentros con Sergio estaban dando cuenta, luego de por lo menos siete meses de permanencia, de pasajes investigativos determinantes: de la entrevista al diálogo con los trabajadores; de la posición de agente externo a la de un interlocutor válido para compartir problemas e inquietudes de esa situación; de la investigación con el propósito de saber sobre otro a una co-investigación.

Al día siguiente de esa primera charla, volví a la cooperativa. Sergio se encontraba cumpliendo funciones en la cuadra de producción. Al cabo de un rato me acerqué y nos pusimos a dialogar mientras él preparaba los listones de masa. Hablamos un largo rato. Sergio se mostraba pesimista respecto al futuro de las recuperaciones de empresa. Hablaba pero rápidamente me preguntaba sobre mis pareceres. También me preguntaba mucho sobre la carrera de

comunicación social, los estudios de posgrado que había empezado y para qué investigaba ese tema. Esa jornada conversamos cerca de dos horas. Sergio me contó sobre sus problemas en la vista y su historia familiar. Me preguntó de qué equipo de fútbol era y sobre mi familia. Al cierre de las frases solía largar carcajadas estridentes. Cuando pasaba un compañero cerca, hacía comentarios sobre mi presencia en la fábrica: "Che, este no se quiere ir más" "Se nota que tiene tiempo el flaco".⁷

La semana siguiente volví a la cooperativa. Sergio trabajaba en una máquina semiautomática para el embolsado de tapas de tarta. Ese día lo saludé, pero no me quedé a conversar con él. Caminé por la cuadra y me detuve a dialogar con otros trabajadores. A esa altura había decidido no volver a utilizar el grabador hasta que no cambiaran las condiciones de los encuentros. Sabía que su uso dificultaba aún más cualquier posibilidad de poder lograr un cambio de posición personal y la mirada que tenían sobre mí los trabajadores.

Lo aclaro: este tipo de decisiones no las tomaba por una conveniencia metodológica sino porque reconocía que era el único modo de generar las condiciones necesarias para *habitar* esa experiencia en un doble sentido: primero, para *habitar* mis estadias en las cooperativas sin padecer esa profunda incomodidad que había sentido cuando intentaba acumular testimonios mientras los trabajadores cumplían sus labores; segundo, para encontrarle nuevos sentidos a mi trabajo como investigador. Esto es: dejar de lado las técnicas metodológicas predeterminadas y abrirme a un proceso de experimentación en esa situación que me permitiera poder establecer una ligazón con los trabajadores.

En algún momento de esa mañana, Sergio me pidió que me acercara. Así lo hice. Cuando estuve a su lado, me dijo que estaba preocupado. Le pregunté qué era lo que le ocurría. "Algunas decisiones me preocupan.

Pero no voy a hablar porque me hace mal. Te digo eso nada más". "Te entiendo, si querés lo hablamos en otro momento o en otro lugar más tranquilos, pero sólo si a vos te parece necesario. A mí sí me interesa mucho escucharte", le dije. Antes de irme, cuando me acerqué a saludarlo, Sergio me preguntó si me estaba yendo porque él también ya terminaba su turno. Después me pidió si podía acompañarlo al vestuario. Quería mostrarme unos carteles que tenían pegados en la pared con ideas sobre el cooperativismo. Luego de leerlos, salimos del vestuario y caminamos hacia la parada de colectivos. En el viaje me contó sobre sus preocupaciones en la cooperativa. Hablaba bajito, aunque sin detenerse, y me repetía permanentemente que no produjera a nadie lo que me estaba relatando. Antes de bajarme acordamos un encuentro para un jueves a la tarde en un bar cercano a su casa.

Ese día compartido en la cooperativa se produjeron dos hechos determinantes para la construcción de un lazo: había acordado una charla por fuera del espacio y la jornada fabril; y el acuerdo se había realizado bajo la condición de que no tuviera conocimiento de ésta el resto de los trabajadores. Era la primera vez que la entrevista requería del silencio mutuo. Así lo expresaba en el cuaderno de notas:

"Realmente se creó un lazo en la charla. Sentí esa trabazón y la responsabilidad de cuidar lo que me decía. Incluso cuando me bajé del colectivo vi que se quedó mirándome y lo saludé de nuevo, era como que había dicho mucho y necesitaba de contención." (Cuaderno de notas – Año 2004)

Vale la pena resaltar algunas marcas enunciativas de esta nota registrada en el cuaderno: primero, la utilización de las palabras responsabilidad y cuidado; segundo, la utilización de los términos lazo y trabazón. Lejos de la búsqueda de objetividad, lo que emergía aquel día era el inicio de un vínculo afectivo –subjetivo– indispensable para poder construir una relación de diferente tipo. Cada uno se estaba transforman-

do en el interlocutor del otro. O mejor dicho: en un testimoniante y testigo. Si me incluyo en la figura de testimoniante es porque yo también a partir de los próximos encuentros daría cuenta frente a Sergio sobre mis pareceres generales sobre la cooperativa Mil Hojas y las empresas recuperadas, tanto como sobre mis profundas dificultades para darle consistencia y sentido a la investigación que estaba llevando a cabo. La responsabilidad y el cuidado, por su parte, daban cuenta del hecho de haber compartido un testimonio relevante para los dos. La novela institucional, en ese caso, había sido puesta en suspenso para dar cuenta de una mirada singular.

En ese sentido, no importaba tanto la verosimilitud de los dichos de Sergio, sino la emergencia de una voz antes acallada bajo el peso del discurso novelado. Esa voz singular era necesario cuidarla con responsabilidad en tanto no sólo era relevante lo que estaba diciendo sino el hecho de que Sergio me estuviera considerando como un interlocutor válido para conversar sobre sus experiencias y malestares actuales. Ese rol de testigo destituía la posición de agente externo que había padecido en los meses anteriores y habilitaba, en principio, un nuevo rol.

PROBLEMA 5: EL PASAJE DE LA METODOLOGÍA COMO GUIÓN A LA EXPERIMENTACIÓN EN SITUACIÓN

El día previsto para el encuentro, Sergio me llamó por teléfono y lo suspendió por razones de salud. Quedamos para otro día, pero también en esa oportunidad volvió a suspenderlo. Una tarde decidí llamarlo por teléfono y le ofrecí de encontrarnos en una hora en un bar cercano a su casa. Sergio aceptó. Nos encontramos en un bar ubicado en Avenida Pellegrini:

"Cuando llegué me estaba esperando apoyado el poste del cartel de la calle. Miraba para todos lados, se lo notaba ansioso. Me resultó raro verlo sin la vestimenta de trabajo, sin la cofia y el gorro.

Estaba nervioso. Muy acelerado. Cuando entramos en el bar, me preguntó de qué se trataba. Cuando le pregunté si podía usar el grabador me dijo que no, se exaltó, no me dejó ni argumentarle nada, dijo que no le gustaba, que no quería eso, que le costaba hablar del tema, que él preferiría ni hablar pero que ya se había comprometido conmigo. Se molestó mucho por la pregunta y me pidió que lo guardara. No quería grabador. Incluso me preguntó si no lo había prendido igual. Hablamos de la confianza, volví a repetirle que yo no venía a buscar chismes, ni confidencias sobre otros. Que tampoco iba a usar su nombre, que sólo quería escucharlo.”

(Cuaderno de notas – 2004)

Me parece sumamente relevante el incidente con el grabador. Suelo analizar, en forma reiterada, esa situación. Primero porque el grabador reconstruía intempestivamente la clásica relación entrevistador-entrevistado en un encuentro que se había acordado bajo otros parámetros. Es decir: en un encuentro en donde la confianza mutua –y la complicidad- era el valor fundamental. En ese punto, yo había olvidado un detalle fundamental: así como Sergio había decidido poner en suspenso la novela institucional, yo también debía poner entre paréntesis cualquier técnica metodológica (novela institucional) para posibilitar el desarrollo de un encuentro. Para compartir esa experiencia los dos teníamos que transformarnos, o mejor dicho, teníamos que producirnos nuevamente, de acuerdo a los requerimientos de ese encuentro acordado. El hecho de haber querido utilizar el grabador ponía en riesgo ese cuidado y la responsabilidad que debía tener a fin de constituirme como interlocutor válido para Sergio. Evidentemente todavía tenía fuertes resistencias para salirme de esa posición de investigador académico con su listado de técnicas metodológicas estandarizadas. Otro aspecto a destacar fue que, en este caso, ya no hubo prescindencia para el uso del grabador,

como si había ocurrido cuando los trabajadores contestaban desde la novela institucional.

No importa, para este apartado, el contenido de ese diálogo. Me interesa destacar la emergencia de una voz singular que se alejaba de las historias más oficiales sobre la cooperativa. Esto no significa tampoco que se hayan sacado a la luz intrigas internas innumerables. Pero sí se trató de la ruptura de un discurso novelado que operaba como límite. Sergio habló sobre las recuperaciones de empresas, sobre las relaciones de poder, sobre la capacitación, sobre el devenir organizativo de la cooperativa, etc. Por mi parte, hablé de mis pareceres sobre la cooperativa y sobre las complicaciones que tenía para orientar a mi trabajo.

La conversación se extendió por más de dos horas. Sergio insistía en que no comentara sobre el encuentro. “No estarás grabando”, me preguntaba en forma permanente. En ese momento, mientras pensaba en cómo podía respetar sus dichos de la forma más fiel, me surgió una idea: le ofrecí a Sergio que escribiera lo que me estaba contando. Sergio me miró extraño y sonrió. “Yo no escribo desde la primaria. Soy un animal”, me dijo. “No importa en absoluto eso. Me importa que vos puedas expresarte tranquilo. No quiero ponerme a interpretar lo que decís, prefiero leer algo tuyo. Si te parece yo te puedo pasar algunas preguntas y vos las respondés”, le dije. Sergio aceptó la propuesta. Quedamos en que yo iba a pasarle esas preguntas. El viernes siguiente así lo hice.

A partir de esa semana, cada vez que visitaba la cooperativa volvía a proponerle nuevos escritos. A modo de respuesta, y para darle continuidad al trabajo en común, yo le devolvía notas y comentarios sobre sus escritos. También compartía con él notas que yo iba a escribiendo durante esos meses. Con el tiempo, Sergio comenzó a escribir sin la necesidad de mis preguntas o ejes disparadores. Los escribía a mano en una hojas rayadas que todavía conservo. Un domingo me llamó y me preguntó cuándo podía darme algo que

había escrito. “Yo voy el martes a la fábrica”, le respondí. “No, tiene que ser hoy”, me dijo.

La escritura, como dispositivo de enunciación compartido, abrió nuevas condiciones de comunicación para Sergio y para mí. El hecho de haberse tratado de un acuerdo del que sólo teníamos conocimiento nosotros dos, estrechó aún más nuestro vínculo y dio lugar a un proceso de co-investigación sumamente productivo. Realmente ese trabajo en común fue muy intenso. Solíamos reunirnos los sábados a la tarde en su casa para discutir los textos.

A partir de esa estrecha relación que se fue construyendo con él, la investigación tomó un nuevo rumbo. Continuaba yendo a la cooperativa al menos dos veces por semana,⁸ pero ya mi tránsito en la cuadra de producción y en las oficinas de la administración era radicalmente diferente.

PROBLEMA 6: LA DEMORA DE LOS SABERES PREEXISTENTES

El reconocimiento de determinadas marcas enunciativas –novela institucional- en los discursos de los trabajadores, junto con la relación que se estaba tramando con Sergio, me llevó a tomar una primera decisión: poner entre paréntesis los presupuestos sobre los cuales había sustentado mis acercamientos a la cooperativa. Esto significaba *demorar*, a la hora de las conversaciones y las elaboraciones, ese saber teórico/bibliográfico que establecía de modo general las características de las empresas recuperadas y de sus trabajadores. Pero, ¿Cómo se construye ese saber teórico/bibliográfico? ¿A qué hacemos referencia cuando hablamos de presupuestos?

Las recuperaciones de fábricas en la Argentina se iniciaron hacia finales de la década de 1990. Sin embargo, fue recién a partir de los acontecimientos del 19 y 20 de diciembre de 2001, cuando las ocupaciones se multiplicaron en las distintas provincias de nuestro país, hasta llegar en la actualidad a más de 200 casos. Al mismo tiempo, desde esa fecha, los medios

universitarios y periodísticos comenzaron a fijar su interés en estos procesos autogestionarios. En un breve período, aquello que estaba emergiendo como un acontecimiento de gran potencia, se fue transformando en un objeto de estudio sumamentepreciado. A través de publicaciones -mesas redondas, debates televisivos, documentales, congresos, infinitos artículos en los periódicos, papers, ponencias- la multiplicidad y la singularidad propia de los procesos de recuperaciones de empresas comenzó a ser reducida y construida como un concepto teórico. Se comenzaron a crear figuras arquetípicas de las empresas, de los trabajadores, aparecieron comparaciones con otras experiencias de ocupación de fábricas ocurridas en el siglo XX, comparaciones con otros movimientos sociales, etc. El resultado de estas operaciones es un concepto cuyo nombre es *fábrica recuperada*.

Sin embargo, así como existe este concepto también debemos sumar otra versión posible. Esto nos lleva a diferenciar entre de dos tipos de empresas que podrían ni siquiera vincularse entre sí: por un lado, como decía, las empresas recuperadas como concepto, o lo que es lo mismo, el concepto *empresa recuperada* con todas las propiedades, caracterizaciones, construcciones arquetípicas realizadas por diferentes agentes dedicados a su estudio; y por el otro, cada empresa recuperada como una cartografía de nombres. Es decir: como una cartografía que intenta ir nombrando los procesos y devenires singulares emergentes en cada experiencia. En forma esquemática, decimos que un estudio a partir del concepto, corre el riesgo de transformarse en un intento para comprobar si determinadas propiedades se cumplen o no en los casos relevados. El trabajo de campo muchas veces se reduce entonces a un intento obstinado para obtener una prueba que ilustre lo que ya fue pensado con anterioridad a la visita de la empresa. Se necesita encontrar un testimonio, una imagen, un porcentaje que represente y grafique lo ya escrito. En el segundo

caso, de lo que se trata es de demorar –eliminar no sólo es imposible sino indeseable- los presupuestos teóricos y bibliográficos con los que se cuenta a priori para lograr un reconocimiento singular, situacional, de los movimientos propios de determinada empresa en un determinado período de su historia a fin de nombrarlos.

En medio de estas intuiciones, hacia finales del año 2004, tomé una segunda decisión: la suspensión de las entrevistas en profundidad con los integrantes de la cooperativa. El tránsito por la cuadra de producción y las oficinas administrativas –a esa altura podía recorrerla con soltura- tuvo como único objetivo encontrarme con los trabajadores a partir de conversaciones informales. Estos diálogos no incluyeron, durante un período extenso, indagaciones sobre problemáticas vinculadas a la cooperativa. Únicamente versaron alrededor de dimensiones familiares, afectivas, deportivas, sociales, artísticas, etcétera. Si bien el conocimiento del funcionamiento de la cooperativa seguía siendo mi principal interés, lo que intuía en aquel pasaje de la investigación era que si no me construía como interlocutor, es decir, si no me constituía, a partir de la creación de un trama afectiva y de confianza, como un testigo válido para los trabajadores de Mil Hojas, tampoco había ninguna posibilidad de ir más allá de la novela institucional.

El proceso de reconocimiento mutuo con los trabajadores demandó un tiempo lento y extenso. De todas maneras, una primera consecuencia se produjo de inmediato: ya no volví a sentir esa incomodidad y molestia que había persistido durante toda la primera etapa de trabajo. Al contrario. Las visitas a Mil Hojas se fueron transformando en una actividad que ansiaba realizar cada semana. Me sentía realmente cómodo con esas relaciones que iba construyendo con los trabajadores. Recuerdo especialmente, durante los almuerzos, mi participación en las intensas discusiones que se producían entre aquellos trabajadores sim-

patizantes de Rosario Central y los simpatizantes de Newell's Old Boys. A los encuentros en la cooperativa, se comenzaron a sumar invitaciones de parte de los trabajadores para compartir actividades recreativas: asados, cenas, partidos de fútbol, charlas. Participaba, como decía, de los desayunos y de las meriendas. Comencé a conocer aspectos personales de los trabajadores. Éstos me convocaban para hablar de sus hijos, de sus crisis matrimoniales, de sus inquietudes, me pedían recomendación para reiniciar sus estudios, etc. Al mismo tiempo, me preguntaban sobre múltiples aspectos de mi vida: estudios, composición familiar, el tipo de trabajo de un becario, cómo había sido jugar al fútbol en Newell's siendo simpatizante de Rosario Central, etc..

Con el tiempo, luego de una gran cantidad de jornadas en donde se multiplicaban las conversaciones informales (comencé a conocer las historias familiares de cada trabajador, sus recorridos laborales, sus estudios, sus intereses deportivos), se fue construyendo una trama –en términos de confianza y reconocimiento mutuo- que posibilitó el inicio de nuevos diálogos sobre la historia y presente de Mil Hojas. Esta decisión la tomé una vez que los propios trabajadores comenzaron a situarme como interlocutor válido para conversar sobre problemáticas internas. Los trabajadores mismos me convocaban a sus máquinas para conversar sobre situaciones que estaban ocurriendo en la cooperativa; o me proponían de encontrarme en otro lugar por fuera de la fábrica. Estos acontecimientos abrieron una nueva etapa en el trabajo de investigación determinada por la aparición de una multiplicidad de voces heterogéneas, que evidenciaban la existencia de problemas específicos que iban más allá de ese discurso armónico que los trabajadores habían antepuesto durante los primeros tiempos. En todo caso, si seguimos pensando en términos de novela institucional, aquello que surgieron fueron micro-relatos que ponían en discusión a ésta o bien la

trascendían.

A partir de la construcción de ese vínculo, decidí acordar encuentros para dialogar sobre la cooperativa. La propuesta en todos los casos fue la misma: realizar las entrevistas por fuera del turno de trabajo y en otro espacio que no sea la fábrica. Esta decisión tuvo sus fundamentos: la oficina de la administración y la cuadra de producción dificultaban la construcción de un marco de tranquilidad y confidencialidad adecuado. Para poder lograr un verdadero intercambio, los diálogos no podían realizarse en medio del proceso productivo. Una vez solicitada la autorización a los miembros del Consejo de la Administración, comencé a coordinar los encuentros. De todas maneras, en muchos casos, los encuentros fueron acordados bajo acuerdo de silencio mutuo con los trabajadores. El lugar acordado fue un viejo bar ubicado a tres cuadras de la cooperativa. Las conversaciones fueron registradas mediante grabador, con la excepción de aquellos trabajadores que no estuvieron de acuerdo, o por mi propia decisión cuando consideraba impertinente su uso.

Ese año 2004 finalizó con una abundante cantidad de observaciones registradas en el cuaderno de notas y con una importante cantidad de testimonios de parte de los trabajadores. A los recorridos en la cooperativa, empezaron a sumarse invitaciones a actividades en las que participaba Mil Hojas, tanto como a fiestas de fin de año y jornadas recreativas. La relación de confianza construida con los trabajadores me permitía participar de los desayunos y la merienda. El único espacio que nunca solicité autorización para participar fue la asamblea.

PROBLEMA 7: ¿QUÉ IMPLICA INVESTIGAR EN LA PRECARIEDAD?

El estudio de empresas recuperadas por sus trabajadores presenta una particularidad: se trata de investigar experiencias que sufren vaivenes y modifi-

caciones permanentes. No se tratan de instituciones sólidas desarrollándose en un medio estable. Las cooperativas, por el contrario, son emprendimientos mayoritariamente sumidos en la precariedad –tecnológica, financiera, edilicia, legal, comercial-, que operan en medio de complejas dinámicas mercantiles cuya principal característica es el cambio de constante de las reglas de juego.

En una empresa recuperada existen menos las regularidades que las destituciones. No se trata de un instituido pasible de ser mapeado a partir de conductas o comportamientos repetidos. Las decisiones duran poco tiempo, los cambios impestivos se multiplican, las dificultades arrecian. Pero entonces: ¿Cómo se investiga un colectivo en permanente cambio? ¿Cómo se traza un mapa de un colectivo caracterizado por un alto índice de variabilidad de sus realidades internas?

La utilización de técnicas investigativas rígidas lo primero que produce es un alto grado de desconcierto, cuando no de profundas frustraciones. Esto mismo pude comprobar en el caso de la investigación que desarrollé en Mil Hojas. Los objetivos de la investigación que me proponía se destituían al ritmo de los cambios constantes de la cooperativa. La consecuencia: avance del desconcierto. Sólo después de un largo período de permanencia comencé a transformar –aunque nunca de manera definitiva- ese desconcierto en una condición para el pensamiento. Cada afirmación e hipótesis formuladas a partir del análisis de las observaciones hechas y de las entrevistas, quedaban rápidamente anacrónicas. Las decisiones al interior de la fábrica se modificaban de forma tan veloz, semana tras semana, que ninguna formulación resistía un pasaje mínimo de tiempo.

Veamos un ejemplo, entre muchos otros. A mitad del año 2004 los encargados de la producción y el presidente me comentaron sobre una decisión reciente que estaban poniendo en práctica: la separación de la jor-

nada de trabajo en dos turnos. Era la primera vez que tomaban una decisión de este tipo. El objetivo era, por un lado, lograr una mejor distribución de los trabajadores ante las nuevas incorporaciones que habían hecho durante ese año, y, por el otro, se trataba de un intento para disminuir la cantidad de horas de trabajo. Apenas conocida la noticia, me dediqué a estudiar ese cambio organizativo. De hecho, empecé a visitar la fábrica en los dos turnos. Transcurrido un breve lapso de tiempo, luego de realizar nuevas entrevistas, leer libros que trataban esta problemática en empresas, sistematizar los registros, escribí un largo artículo sobre las nuevas implicancias de esa decisión. Una vez que terminé de escribirlo, por diferentes razones, interrumpí el trabajo de campo durante dos semanas. Cuando volví a Mil Hojas, me encontré con el presidente de la cooperativa y le pregunté sobre si ya habían podido realizar un balance sobre las consecuencias de la implementación del doble turno. La respuesta me desconcertó: "No, ya no nos dividimos más. No salió bien. Volvimos al turno fijo". La medida se había mantenido vigente tan sólo durante dos meses.

Insiste una pregunta: ¿De qué modo se lleva a cabo una investigación en este tipo de experiencias sumidas en la precariedad?

Seguramente no haya una respuesta única ni definitiva. Eso está claro para todo aquel que estudie los procesos de recuperaciones de empresa. Sin embargo, podemos aportar algunas hipótesis al respecto. Introducimos, en primera instancia, el concepto de cartografía. Este concepto lo contraponemos a la noción de mapa. Dice Suely Rolnik al respecto: "*Para los geógrafos, la cartografía -a diferencia del mapa, que es una representación de un todo estático- es un diseño que acompaña y se hace al mismo tiempo que los movimientos de transformación del paisaje. Los paisajes psicosociales son también cartografiables. La cartografía, en este caso, acompaña y se hace mientras se desintegran ciertos mundos -su pérdida de sentido- y la*

formación de otros: mundos, que se crean para expresar afectos contemporáneos, en relación a los cuales los universos vigentes se tornan obsoletos".⁹

Vale la pena volver a remarcar esta diferencia entre un mapa que representa una experiencia estática y la función de la cartografía que intenta señalar, acompañar, la constitución de territorios productivos -de deseo- en un contexto de dispersión social. La cartografía como método intenta situarse en esa línea compleja, difusa, entre el desborde de los flujos y las representaciones,¹⁰ aunque también, debemos tenerlo en claro, entre las destituciones y composiciones situacionales coexistentes en una misma experiencia autogestionaria que se desarrolla en un contexto mercantil.

Rolnik hace un aporte interesante respecto a la función del cartógrafo: "*Se trata de valorar cuánto se soporta -en cada situación- el desengaño de las máscaras que nos están constituyendo, su pérdida de sentido, nuestra desilusión*".¹¹ La posibilidad de emprender una investigación micropolítica, situacional, en una empresa recuperada como Mil Hojas no empezó más que cuando experimenté una profunda desilusión respecto a esas imágenes más ideales que tenía incorporadas sobre este tipo de experiencias autogestionarias. "Todo acto de creación comienza, debe comenzar, por una decepción. Una decepción total, y al mismo tiempo imprescindible para la creación".¹² Es decir: sólo la caída de los ideales permite, a partir de operaciones específicas para habitar ese vacío abierto, encontrarse con la singularidad de una experiencia.

Cuando hago mención a la caída de ideales me refiero a las imágenes más extendidas que surgieron a partir de las jornadas de diciembre de 2001 sobre las empresas recuperadas, aunque también, y en un mismo nivel, me refiero a la caída de los modelos de investigación e investigador con los que se cuenta en la academia, anacrónicos respecto a la especificidad de este tipo de experiencias autogestionarias. El de-

safío es ser capaces de crear un aparato perceptual, sensible, capaz de captar todos aquellos signos que produce una experiencia singular. En estos casos, se trata de cartografiar una realidad en permanente cambio y variabilidad continua. Dice Diego Sztulwark: "Partamos de una constatación inicial: el agotamiento del investigador social en tanto sujeto instituido de conocimiento frente a un mundo expuesto a su observación e interpretación".¹³ La experimentación, en el caso del trabajo en Mil Hojas, surgida de una profunda decepción, nació como sinónimo de la construcción de un puente de encuentro con los trabajadores. Así surgió la propuesta de empezar a escribir juntos (co-investigar) realizada a Sergio, la participación en jornadas recreativas (fútbol, asados, cenas), la realización de un taller sobre relaciones internas en el año 2005, el viaje a un encuentro internacional entre empresas recuperadas de Latinoamérica acompañando a las empresas del Gran Rosario, la participación sostenida en asambleas del movimiento nacional de empresas recuperadas, la colaboración en la elaboración de proyectos, las charlas con trabajadores que tenían problemas familiares, realización junto a un colectivo conformado por psicólogos y comunicadores sociales de una serie de talleres sobre problemáticas referidas a la autogestión en el año 2007, las discusiones de los textos que había escrito sobre la experiencia de Mil Hojas con los propios trabajadores, etc.

Ese agotamiento del investigador social tradicional no sólo se verifica ante la imposibilidad de dar uso a los saberes y técnicas -metodológicas, epistemológicas, teóricas, etc.- con las que se cuenta, sino a partir de los profundos malestares corporales que trae el hecho de sentirse expulsado, desorientado, por realidades cuya temporalidad y operatoria en nada se vinculan, ni conectan, con ese tipo específico de investigador. Si no hay posibilidades de inventar y de abrirse a experimentaciones permanentes para componer junto a otros en medio de ese mar de contingencias,

los caminos se irán tornando cada vez más angostos, hasta llegar a ser intransitables, o cuando no asfixiantes, y siempre, inofensivos.

NOTAS

1. Los pormenores de los encuentros tenidos con los trabajadores de Mil Hojas durante el año 2004 y 2005 fueron registrados en un cuaderno de bitácora que escribí durante esos dos años como acompañamiento indispensable del proceso investigativo.
2. LOURAU, R. En artículo "Acerca de la novela institucional psicoanalítica." en *Revista Trabajo del Psicoanálisis*, Nº 8, 1986.
3. FERNÁNDEZ-ZAVATER, A. "Mitopoesis en Tiempos de Guerra." Resumen de la intervención en el Laboratorio Blanco (Sevilla) de F.X. *Sobre el fin del arte*, celebrado en la sede La Cartuja de la Universidad Internacional de Andalucía del 3 al 7 de junio de 2002. En <http://www2.unia.es/arteypensamiento02/ezine/jun09.htm>
4. FERNÁNDEZ-ZAVATER, A. "Mitopoesis en Tiempos de Guerra." Resumen de la intervención en el Laboratorio Blanco (Sevilla) de F.X. *Sobre el fin del arte*, celebrado en la sede La Cartuja de la Universidad Internacional de Andalucía del 3 al 7 de junio de 2002. En <http://www2.unia.es/arteypensamiento02/ezine/jun09.htm>
5. COREA, S. - DUSCHATZKY, C. *Chicos en Banda: los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2002. pp. 103, 104.
6. COREA, S. - DUSCHATZKY, C. Op. Cit.
7. Un mañana ante la insistencia de este tipo de enunciados, le respondí con manifiesto enojo: "Si vos tanto te quejás de la gente que no valora el trabajo obrero, me parece que tenés que empezar a valorar el trabajo de los demás. Yo lo que estoy haciendo acá es un trabajo. No hago empanadas, ni tapas

de tarta, pero laburo de esto y me rompo el lomo.”

8. Un analizador concreto del vínculo que iba tramando con los trabajadores y el reconocimiento que ellos me estaban brindando se produjo luego de dos semanas que no visité la cooperativa. Apenas llegué la mayoría de los trabajadores me preguntaron si me había pasado algo porque estaban preocupados que no iba a visitarlos. “Tenés que dejar un teléfono para estos casos”, me dijeron.

9. SUELY ROLNIK. *Cartografia Sentimental: transformações contemporâneas do desejo*, Estação Liberdade, Sao Paulo. 1989. (Traducción de Andrea Álvarez Contreras. Supervisión conceptual: Dr. Hernán Kesselman.) http://www.hernankesselman.com.ar/Kesselman/Articulos/Articulo_44.asp?CART=44

10. SUELY ROLNIK. *Cartografia Sentimental: transformações contemporâneas do desejo*, Estação Liberdade, Sao Paulo. 1989. (Traducción de Andrea Álvarez Contreras. Supervisión conceptual: Dr. Hernán Kesselman.)

11. SUELY ROLNIK. *Cartografia Sentimental: transformações contemporâneas do desejo*, Estação Liberdade, Sao Paulo. 1989. (Traducción de Andrea Álvarez Contreras. Supervisión conceptual: Dr. Hernán Kesselman.) http://www.hernankesselman.com.ar/Kesselman/Articulos/Articulo_44.asp?CART=44

13. SZTULWARK, D. “Prólogo” en *Maestros Errantes. Experimentaciones sociales en la intemperie de Silvia Duschatzky*. Ed. Paidós, Bs. As. 2007.

Registro Bibliográfico

HUDSON, Juan Pablo

“Investigar en la Precariedad. Del Guión Metodológico a la Experimentación en Situación” en *La Trama de la Comunicación, Volumen 13, Anuario del Departamento de Comunicación*. Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Universidad Nacional de Rosario. Rosario, Argentina. UNR Editora, 2008.